

La compra de la finca en la Croix-Rousse

A la vuelta de Bourg-en Bresse, donde había ejercido casi dos años como vicario parroquial, el Padre Coindre se trasladó a vivir a la Cartuja, formando comunidad con los Padres de la Cruz de Jesús. La Maison-Carrée, la casa donde vivían los misioneros, le permitía estar en el centro neurálgico de la vida de la diócesis y, al mismo tiempo, permanecer atento a la marcha de sus providencias; entre 1816 y 1818, el padre Coindre había fundado tres providencias: una masculina y otra femenina en los locales de la Cartuja, y la tercera, junto a Claudina Thévenet, en la calle de Pierres Plantées, donde las hermanas de Jesus-María estuvieron muy poco tiempo antes de trasladarse a Fourvière, lugar en el que todavía siguen hoy.

La Providencia para chicos de la Cartuja, que había comenzado con 5 ó 6 muchachos, creció rápidamente en número de alumnos, de tal manera que, durante el verano de 1818, la falta de espacio se convirtió en un problema permanente. El joven que estaba al cargo de los muchachos, Antoine Genthon, se lo dijo al Padre Coindre con toda franqueza y algo de retranca:

—Estamos resolviendo la situación, ya dormimos por turnos; las camas están ocupadas durante las 24 horas del día.

—Tenga paciencia, muchacho —respondió el padre Coindre algo mosqueado por la ligereza del joven—, estoy buscando un lugar para mudarnos.

Efectivamente, el Padre Coindre había conseguido una casa, un poco más grande que la celda de los cartujos en la calle Cours de Tapis —hoy es una parte del Boulevard de la Croix-Rousse—, pero las estrecheces continuaban; había más espacio, aunque totalmente insuficiente para los 15 muchachos que ya estaban recogidos en la providencia.

Esa era la preocupación que rondaba la mente del Padre Coindre durante aquel día del mes de mayo de 1818. Esa mañana, después de la oración y la hora larga de meditación con las que se desayunaba espiritualmente, Coindre emprendió el camino hacia el centro de Lyon. Descendió las abruptas pendientes de la Croix-Rousse y se dirigió, a buen paso, al barrio de Saint-Nizier, pero antes de entrar en la iglesia, como era su costumbre, extendió el paseo algunas calles más, hasta la modesta casa de la Rue de Villars, donde vivían sus padres y su hermana María Marta. Su otro hermano, Francisco Vicente, estaba en el seminario de San Ireneo, preparándose para seguir los pasos de su hermano mayor en la vida sacerdotal.

Encontró a su padre, Vicente, sentado en la mesa de la estrecha cocina, tomando el desayuno. A pesar de ser un hombre todavía joven, había cumplido 52 años, tenía una expresión adusta y algo descompuesta, signos de la enfermedad que se había instalado en su cuerpo y que acabaría con su vida en pocos meses.

—Buenos días, papá —dijo el joven sacerdote, sentándose junto a su padre y tomando un pequeño trozo de pan que estaba sobre la mesa.

—Cómo estás hijo, —respondió Vicente con un brillo de alegría en sus ojos—. ¿Qué tal te va la vida en la Cartuja?

—Estoy bien, papá —dijo Andrés mordisqueando distraídamente el trozo de pan—. Únicamente, algo preocupado por mis chicos de la providencia. Tenemos cada vez más solicitudes.

—¿Pero no me dijiste que os trasladabais al Cours de Tapis, y que las instalaciones eran bastante más amplias?

—Así es —respondió Andrés—, pero la falta de espacio continúa siendo una dificultad.

—Bueno, hijo mío, ya haces lo que puedes. No te preocupes...

Andrés se levantó de la mesa para abrazar a su madre y a su hermana que entraban en ese momento, cargadas con las compras del mercado. Siguiendo un protocolo invariable, extendieron sobre la mesa todo lo que habían traído, y lo colocaron a continuación en una pequeña fresquera situada junto a una ventana que daba a un oscuro patio interior. Enseguida terminaron la tarea, y se sentaron en la mesa para disfrutar, ahora sí, de un rato familiar.

—Le estaba diciendo a papá —continuó Andrés bajo la atenta mirada de toda la familia—, que seguimos teniendo problemas de espacio para recoger a todos los muchachos de la providencia, pero le iba a decir también que ha surgido una oportunidad para encontrar un sitio mucho más grande.

—Lleváis poco tiempo en la nueva casa —dijo María, la madre de familia, que conocía la impulsividad, a veces casi temeraria de su hijo—. Esperad algo más, y luego podréis buscar un sitio más adecuado.

—Es imposible, mamá. Ya estamos completos.

Por la manera de hablar, por los gestos, porque lo conocían perfectamente, todos habían adivinado que Andrés ya traía un plan para solucionar el problema. Vicente se acomodó un poco mejor en el banco corrido de la cocina, mientras que las mujeres, se dispusieron a escuchar con atención lo que había venido a decir el joven sacerdote, hijo y hermano.

—Entonces... —dijo Vicente, extendiendo las manos, como para invitar a su hijo a que continuara con la explicación.

—Hay una finca en la Croix-Rousse que está en venta —dijo Andrés poniendo todas sus dotes persuasivas en las palabras y en los gestos— ; está junto a las murallas, en el llamado “huerto del prior” de la Cartuja. Es un lugar hermoso, algo agreste. Desde allí se divisa toda la ciudad, y los atardeceres mirando a Fourvière son inigualables.

—¿No es la finca del señor Saunier? —preguntó el padre.

—Era del señor Saunier —aclaró Andrés—, pero ha salido a subasta y ahora tiene otros dueños. Es una propiedad grande, con una casa familiar muy hermosa y un gran edificio de dos plantas, que puede servir para poner los talleres de la providencia.

—¿Cuánto vale? —preguntó la madre mientras hacía el típico gesto de frotar el índice y el pulgar, como queriendo decir que aquello iba a estar lejos de las posibilidades de la familia.

—Unos 15.000 francos —dijo Andrés con un breve silencio que se extendió por la sala—, pero entre lo que me han prestado algunos buenos amigos de la parroquia y lo poco que he podido ir ahorrando durante estos meses, he logrado reunir, más o menos, la mitad de esa cantidad.

—Nos gustaría poder ayudarte —dijo Vicente con rostro apesadumbrado—, pero sabes que no disponemos de tanto dinero. El negocio de la sal no da para mucho y, ahora, con mi enfermedad, nuestros ingresos son cada vez más escasos.

—De eso quería hablarte —replicó Andrés poniendo una mano sobre el hombro de su padre—. Esta casa no es el mejor lugar para que recuperes la salud. El frío y la humedad que traen los ríos se han pegado a los muros y hay días en que hasta cuesta respirar. La propiedad de la Croix-Rousse, en cambio, puede ser ideal para que allí encuentres aire puro y espacio para vivir. Podemos vender esta casa y, es posible que, con un poquito más, podamos instalarnos en la casa familiar de la finca, y dejar el gran edificio a las muchachos de la providencia.

—Andrés, la idea no me parece mal —intervino por primera vez la joven María Marta, una hermosa joven de 25 años —pero yo me caso en octubre y no me gustaría que este traslado pudiera afectar a la boda.

—No te preocupes, belleza —dijo Coindre abrazando a su hermana y plantándole un beso en la frente—. Yo me encargo de que tu boda sea digna de la más bella princesa que hay en esta ciudad —concluyó mientras la muchacha se ruborizaba y le daba una cariñosa palmada en la cara.

—Me parece un poco precipitado —dijo Vicente —pero estoy seguro de que puede ser lo mejor para todos. Vamos a intentarlo, y ver si esta aventura nos puede interesar.

La casa de la Rue de Villars, en el centro de Lyon, enseguida encontró comprador. Efectivamente, con el precio de la venta de la casa y los ahorros de Andrés pudo pagarse la propiedad de la Croix-Rousse. El 10 de junio de 1818 se realizó el contrato de compraventa; Andrés y su padre pasaron a ser propietarios, al cincuenta por ciento cada uno. La nueva propiedad iba a ser la casa donde, poco después, nacería la providencia del Piadoso Socorro y, más adelante, la congregación de Hermanos del Sagrado Corazón. Desgraciadamente, Vicente Coindre no pudo disfrutar de su nueva casa. Falleció muy poco tiempo después, el 17 de noviembre de 1818.